



Xoán Ramón Alvite

Colaborador de *La Voz de Galicia*, especialista en ganadería

► LOS GRANJEROS SIGUEN SIENDO, CINCO AÑOS DESPUÉS, EL ES LABÓN MÁS DÉBIL DE UNA CADENA EN LA QUE LOS MÁRGENES DE MEJORA SIGUEN SIENDO EVIDENTES

El Acuerdo para la sostenibilidad del sector, solo a medias

Estos días se cumplen cinco años de la entrada en vigor del Acuerdo para la sostenibilidad del sector lácteo. Un documento que la ministra Tejerina no dudó en calificar de histórico y del que se suponía que sentaría las bases para un funcionamiento más equilibrado y justo de la cadena de valor de la leche.

Un lustro después, muchos de aquellos buenos propósitos mostrados por las 70 entidades que firmaron el pacto –22 distribuidoras alimentarias, 36 empresas lácteas y cuatro asociaciones de productores– se han ido diluyendo al mismo ritmo que el sector se adaptaba a la nueva realidad derivada de un mercado europeo sin mecanismos de regulación de la producción. Otros aspectos, sin embargo, sí han resultado positivos y, aunque esto siga sin verse reflejado en los precios que recibe el ganadero, sí han dotado de mayor transparencia a una parte de la actividad.

En cualquier caso, lo que resulta evidente es que aquel acuerdo (su firma se produjo después de dos meses de intensas movilizaciones en campo, conviene no olvidarlo) no ha servido para uno de los fines principales que lo motivaron: empoderar al ganadero frente a las posiciones de dominio de las industrias lácteas y las cadenas de distribución alimentaria. Los granjeros siguen siendo, cinco años después, el eslabón más débil de una cadena en la que los márgenes de mejora siguen siendo evidentes.

La distribución ha cumplido solo a medias

Tradicionalmente, las cadenas de distribución alimentaria han sido señaladas (y en ocasiones con razón) como las principales culpables de los bajos precios que recibía el ganadero. Resultaba evidente que la cadena de formación de precios se realizaba de arriba hacia abajo y no al revés, es decir, se fijaba el importe de venta y, desde ahí hacia el origen, se iban repartiendo los importes hasta llegar al ganadero, lógicamente el más perjudicado en esta particular e injusta partición. La situación resultaba especialmente gravosa para los productores cuando los precios de las marcas blancas difícilmente alcanzaban los 50 céntimos en los lineales de los supermercados.

Pues bien, el acuerdo lácteo ha supuesto el fin casi definitivo de la utilización de la leche como producto reclamo en las superficies comerciales, uno de los compromisos adquiridos en su día por la distribución. Otro era el de la identificación en los envases del origen de la leche y los derivados lácteos –también era un compromiso de la industria– con el objeto de mejorar la información que se facilitaba al sector y, de paso, poner coto a las importaciones de leche procedente de excedentes de terceros países a precios ilegalmente bajos. Hubo que legislar al respecto y superar las reticencias de la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia (como en casi todo) pero, finalmente, es obligatorio desde hace casi dos años que todos los envases recojan el país de producción y envasado de la leche que contienen. Cosa bien diferente es la entrada de leche en cisternas, masiva en ocasiones, según denuncian algunas organizaciones profesionales agrarias, con fatales consecuencias sobre las cotizaciones de la materia prima autóctona.

Aunque hay que aplaudir la actitud general de la distribución a la hora de dar cumplimiento a sus promesas, lo cierto es que no han sido tan diligentes a la hora de promover de manera efectiva, tal y como

► “O FIRMAS LO QUE TE PONGO DELANTE O BÚSCATE OTRO COMPRADOR” SIGUE SIENDO LA MÁXIMA QUE MEJOR DEFINE LA RELACIÓN CONTRACTUAL QUE MANTIENEN LA MAYORÍA DE LAS GRANJAS CON LA INDUSTRIA

afirmaron por escrito, modalidades de compra de leche líquida que permitan mantener el valor del producto en los primeros escalones de la cadena, en particular estableciendo contratos a largo plazo con las industrias proveedoras, que faciliten un marco estable de relaciones entre todos los agentes de la cadena, o, al menos, ese es el reproche que les siguen realizando desde el sector industrial para justificar la escasa evolución de los precios al alza, incluso cuando la estacionalidad vinculada al consumo así lo aconsejaría.

Las industrias siguen a lo suyo

Los compromisos de las industrias en el Acuerdo Lácteo (como no podía ser de otra manera) fueron muchos y variados. Cosa diferente es lo que, finalmente, acabaron cumpliendo de todo cuanto se recogía en el documento.

Evidentemente, a poco que se revise lo sucedido durante los últimos años, nada invita a pensar que las empresas cumplieron con aquello de “aplicar en sus contratos, precios y volúmenes de compra que, en concordancia con la evolución del mercado, contribuyan a la sostenibilidad de las explotaciones”, ni mucho menos lo de “compartir con los ganaderos la revalorización que las industrias obtengan sobre los precios de cesión”.

Las lácteas siguen yendo, como hicieron siempre, a lo suyo y la promoción de los contratos lácteos como mecanismo para dar estabilidad al sector (era otro de los puntos del pacto) se hizo más por imperativo legal que por convencimiento. Buena prueba de ello es que, a pesar de todas las modificaciones que han ido sucediéndose en el Paquete Lácteo, las industrias continúan teniendo la sartén por el mango. Incluso han logrado regatear (en ocasiones obligando al ganadero a firmar algo que sabe que es falso), la obligación de incluir en los contratos precios para la leche que cubran los costes mínimos de producción.

“O firmas lo que te pongo delante o búscate otro comprador” sigue siendo la máxima que mejor define la relación contractual que mantienen la mayoría de las granjas con la industria que les recoge su materia prima.

Los ganaderos tampoco han hecho sus deberes

Más acostumbrados a quejarse que a actuar, los ganaderos también tienen una parte importante de culpa en todo lo que les pasa. Su principal compromiso en el acuerdo pasaba por promover el asociacionismo –en concreto a través de la figura jurídica de las organizaciones de productores– y la fusión de cooperativas con el fin de ganar músculo. Al contrario, han optado por bajar los brazos como resignados a que los remedios a una crisis que los tiene al borde del precipicio tengan que llegar de otro sitio.

Desde luego, nada parece apuntar a que esas soluciones, imprescindibles para la sostenibilidad del sector, puedan proceder tampoco del Ministerio de Agricultura –cuarto firmante del Acuerdo y garante de su cumplimiento– habida cuenta del escaso éxito cosechado por todo lo que ha promovido hasta el momento. ■